

Ideologías argentinas

Juan José Sebreli

Nada podemos saber acerca de lo que está pasando hoy en política, ni en nuestro país ni en el mundo, si no conocemos el desarrollo histórico de las ideas y de las ideologías que han imperado a lo largo de este siglo que llega a su fin.

Los grandes modelos políticos, sociales, económicos y culturales argentinos del siglo XX pueden clasificarse en cuatro grupos: el liberalismo conservador, el nacionalismo populista, el militarismo y el modelo surgido en 1983 que, por estar en curso, resulta aún difícil etiquetar.

Cada uno de ellos admite a su vez gradaciones, matices y subgrupos. Autoritarismo y democracia no se usarán en este caso como sustantivos sino como adjetivos de los modelos citados, aunque la primera de estas orientaciones predominará en gran medida sobre la segunda.

El liberalismo económico ligado al conservadurismo político

El primero de los modelos, el liberalismo económico a la antigua usanza ligado al conservadurismo político, fue el modelo de la clase dirigente hegemónica durante la primeras décadas de este siglo: la burguesía terrateniente agropecuaria exportadora de la pampa húmeda, llamada por sus admiradores familias patricias o aristocracia, y por sus detractores, oligarquía. La ideología liberal, aun cuando está presente desde la Revolución de Mayo, se afianzó como modelo con la llamada Generación del Ochenta hasta que hizo crisis durante la Primera Guerra Mundial, y sobrevivió, todavía con algunos éxitos, en el periodo de entreguerras.

Juzgado en términos estrictamente económicos, el modelo del liberalismo conservador fue sorprendentemente exitoso. Eran los tiempos en que el país logró la tasa de crecimiento más alta del mundo, su producto bruto se hallaba por encima del promedio mundial y el ingreso *per capita* igualaba al de los países más avanzados. Dos factores condicionaron este éxito. En primer término, el alza en los productos alimenticios y la baja en los indus-

triales en el mercado de la época. En segundo lugar, la alianza económica con el capitalismo inglés a pesar de las interpretaciones nacionalistas en contra que después predominarían.

Más difícil resulta justificar en cambio los aspectos políticos y sociales del modelo oligárquico, su concepción elitista del poder, la ilegitimidad de sus gobiernos elegidos fraudulentamente y la represión, con frecuencia sangrienta, al incipiente movimiento obrero. Estas características lo definen como un liberalismo no democrático. Sin embargo, aún en ese conservadurismo reaccionario hubo gérmenes, aunque confusos y vacilantes, de democracia sin los que no hubiera podido intentarse la transición pacífica a la misma. Estos gérmenes fueron la secularización de la sociedad civil iniciada por Roca, el fomento a la inmigración, que debía provocar inevitablemente un tipo de sociedad muy distinta a la tradicional, la difusión de la enseñanza pública, la escuela sarmientina y, finalmente, el otorgamiento del sufragio universal. Estas condiciones, favorecidas por la prosperidad económica, crearon los medios para una movilidad social más fluida que la de las sociedades europeas, como lo prueban el surgimiento de una vasta clase media descendiente en su inmensa mayoría de la primera generación de inmigrantes proletarios.

Pero el germen democrático en la República Liberal o el Orden Conservador, como también se lo ha llamado, tenía límites infranqueables impuestos por la base social misma en la que se apoyaba. En la medida en que las clases dirigentes tomaban conciencia de que la democratización desencadenaba fuerzas que adquirirían autonomía y eran difíciles de controlar, comenzaron a debilitarse las tendencias democráticas y a reforzarse las autoritarias, llegando en 1930 a quebrar el orden constitucional que ellas mismas habían instituido, retornando a un nuevo ciclo con exclusión de las mayorías.

El liberalismo conservador no supo y no quiso constituir instituciones políticas estables, no logró formar un partido conservador institucional a la manera europea, lo que representaría un grave inconveniente para la posterior instauración de un régimen democrático. Prefirió en cambio conducir el país con estructuras informales compuestas por grupos familiares o vinculaciones económicas. Los partidos políticos conservadores, en la medida en que existían, eran organizaciones verticalistas, que no deliberaban ni resolvían nada y se limitaban a seguir las directivas del caudillo. El nucleamiento no se hacía en los comités sino en los clubes exclusivos como el Jockey o el Círculo de Armas o en asociaciones profesionales, como la Sociedad Rural. La selección de cuadros para los cargos públicos se hacía por vínculos de parentesco o amistad, sentando de ese modo el precedente

de los males que aquejarían a la política criolla: el informalismo, el corporativismo, el lobbismo, el nepotismo, el paternalismo, el patrimonialismo, el clientelismo.

Un régimen político basado en el caudillo, en el líder carismático en el caso de Roca, y el consiguiente predominio del Poder Ejecutivo sobre los demás poderes, así como la transgresión constante a las reglas del juego democrático, hicieron que la República liberal fuera la primera responsable por la fragilidad de las instituciones y prefigurara y preparara el terreno para la sociedad autoritaria y a la vez caótica del siglo XX.

El conservadurismo liberal terminó su ciclo en 1943, desde entonces ya sin opción propia, por la carencia de un partido político debió elegir entre alternativas más o menos apropiadas a sus intereses circunstanciales. En realidad, entre las tres únicas opciones que se darían en algún momento, el radicalismo, en otros el peronismo y, siempre que se pudo, el militarismo.

El modelo nacionalista populista

El pasaje del modelo liberal conservador al modelo nacionalista populista no fue un cambio violento, abrupto, sino que se fue dando en forma gradual en el interior mismo de la República liberal. El nacionalismo antiliberal surgió en el seno de las clases dirigentes liberales. El temor provocado por las masas de inmigrantes que llegaron a ser mayoría en la Capital y por el incipiente movimiento obrero de ideario internacionalista, llevó a las clases dirigentes liberales a inculcar el nacionalismo en la escuela pública, con el culto a los héroes, la exaltación de las glorias militares y el fetichismo de los símbolos. Fue un intelectual liberal y positivista como José María Ramos Mejía quien, como presidente del Consejo Nacional de Educación, organizó el ceremonial patriótico en las escuelas con características de culto religioso. Hay que recordar también que la reivindicación de Rosas, héroe mítico de los nacionalistas, estuvo al comienzo a cargo de escritores liberales como Adolfo Saldías.

A partir de los años 30, estos nacionalistas liberales, positivistas y aun anticlericales, fueron siendo desplazados por nacionalistas católicos, quienes encontraron el camino preparado por sus antecesores. La clase dirigente había comenzado a susurrar que el laicismo era bueno para las élites, pero la religión era necesaria para impedir la captación de las masas por la izquierda materialista. Se detenían de ese modo la laicización y secularización así como el rumbo modernizador de la oligarquía ilustrada de la Generación del Ochenta y del roquismo. Este proceso se daba correlativamente

con un cambio de paradigma ideológico en los ámbitos intelectuales y universitarios. El positivismo, sobre todo de corte spenceriano, que había sido la ideología predominante de la oligarquía ilustrada, estaba en declinación y era sustituido por las filosofías vitalistas irracionistas de Bergson, Spengler, Keyserling y Maurras. A la influencia de Acción Francesa, se agregaría después la del fascismo aunque este fue un fenómeno que los nacionalistas católicos no entendieron nunca del todo, ya que precisamente las masas a las que ellos tanto despreciaban constituían un elemento esencial en el fascismo. El culto de las masas era en el fascismo la otra cara del culto del jefe. Tampoco el nietzcheanismo de Mussolini ni el neopaganismo de Hitler eran compatibles con el catolicismo integrista de los nacionalistas de élite, más próximo al corporativismo tradicionalista de Oliveira Salazar. El antisemitismo fue en cambio un rasgo común entre los nacionalcatólicos y los nacionalsocialistas.

El sistema liberal en su ocaso estaba invadido por elementos antiliberales que surgían de la misma clase social y hasta de las mismas familias. Carlos Ibarguren, uno de los principales ideólogos del nacionalismo temprano y aun del fascismo, era funcionario de los gobiernos liberales. Fueron los nacionalcatólicos los ideólogos del golpe del 30 y de la dictadura de Uriburu. Volvieron a serlo del golpe del 43 del que pronto fueron desplazados. Ibarguren, Ernesto Palacio, Juan Carlos Goyeneche, Martínez Zuviría, Manuel Gálvez, todos ellos pertenecientes a familias patricias y típicos representantes del nacionalismo aristocrático, estuvieron involucrados a la vez en los orígenes del peronismo. En compensación, el propio Perón había participado en el golpe oligárquico del 30 y había sido funcionario del gobierno liberal de Justo. El rulo se riza. Más aún, surgió un sector en el seno del régimen liberal conservador que esbozó el nacionalismo populista y al que luego se llamaría populismo oligárquico. Tales son los casos de Manuel Fresco, gobernador de la provincia de Buenos Aires y de Barceló, intendente de Avellaneda, en quienes sin duda Perón encontró fuente de inspiración.

Entre el nacionalismo aristocrático, tradicionalista, de élite, y el posterior nacionalismo populista, de masas, no había pues una contradicción excluyente. Ambos se interpenetraban, se deslizaban uno en el otro. Del mismo modo que el nacionalismo liberal había sido el eslabón intermedio entre el liberalismo positivista y el nacionalismo católico, después el nacionalismo católico sería el pasaje al nacionalismo populista, destinado a desplazar al modelo liberal conservador que los había engendrado a todos.

La clase dirigente desorientada y asustada ante la irrupción de las masas y ante las transformaciones que se daban en el mundo, había desatado fuerzas